

La frontera interior

Javier DEL PRADO BIEZMA

RÉSUMÉ

Dans cet article on fait une présentation du récit autobiographique de Michel del Castillo *La noche del edicto* et de la frontière intérieure que l'auteur nous montre dans ce roman.

On vise le problème de la frontière intérieure du point de vue mythique, historique et ontologique dans la littérature européenne et on analyse les motifs des divers auteurs: Kundera, Chateaubriand, etc.

Mots clefs: Michel del Castillo. *La noche del edicto*. Littérature contemporaine interculturelle.

Me vestí corriendo y metí unas cuantas prendas en mi maleta. Salimos enseguida hacia Canfranc y Pau. Gonzalo conducía en silencio (...) Pensaba, presa de la melancolía, que abandonaba mi país y que tal vez no volvería nunca. Esta vez sí que estaba todo perdido. Me hallaba más desnudo aún y más solo que el día de mi nacimiento (...) Nos separamos en Pau y vi como se alejaba, con un sentimiento de espantosa tristeza. (Y nos dimos al paio en cuanto pudimos).

Al caer la tarde, me paseé por las calles, limpias y apacibles y desde el boulevard pude contemplar los Pirineos. El cielo estaba despejado, las cumbres blanquecinas se recortaban sobre un cielo muy pálido. Era la primera noche de mi exilio. (Fin de Capítulo).

Epílogo

Desde hace años, vivo en una pequeña ciudad adormecida, rodeada de murallas. Soy profesor de español en un colegio religioso.

Dicen que soy un buen profesor, estricto y severo. Bebo pastís, juego a la petanca. La gente cree que soy inteligente porque estoy de acuerdo con todas sus opiniones. Por otro lado no tengo ninguna opinión definida respecto de nada...

0.1. Con esta cínica experiencia de la extranjería concluye Michel del Castillo *La Noche del edicto*, relato autobiográfico de Santi, el joven inspector de policía instalado en Francia, en el exilio, como tantos personajes del gran novelista francés, asentado en la nación vecina desde su condición de niño de la guerra civil —novelista francés cuyas novelas beben la mayor parte de su materia narrativa, tanto en el nivel anecdótico como en el nivel temático profundo, en España: España como problema.

Para tratar el tema del *diálogo literario intercultural* me hubiera sido muy cómodo analizar algunas de sus obras: *Gerardo Laín* (y adentrarme en el tema de los seminarios españoles), *La noche del edicto* (y estudiar el tema de la policía), *El pegador de carteles* (y penetrar en el tema de los suburbios de Madrid, *la zona*, como él la llama): los seminarios, las cárceles, la familia y el suburbio como espacios de la sospecha, la disputa, la traición y el crimen. También podía haberme centrado en la que considero una de sus novelas esenciales, *Una mujer en sí*, de cara a un estudio más profundo del tema que nos ocupa: esa literatura fronteriza que nace de una conciencia de extranjería plural en sus orígenes y en su morfología; estudio llevado a cabo desde la experiencia de la orfandad esencial y de la necesidad de recuperar o de inventar un espacio capaz de crear el espejismo de la *matria* perdida o de la patria imposible: esa experiencia del ser anfibio que necesita ir de un espacio a otro, buscando el oxígeno mítico y social imprescindible para vivir a gusto, y que, tras dar cuatro o cinco bocanadas angustiosas, en ningún medio lo encuentra... yendo de un lugar a otro, en constante desasosiego...

Una mujer en sí, ya la he estudiado en otra ocasión. Y la compleja búsqueda de la madre (las pesquisas, la recomposición de los fragmentos encontrados, su invención, en definitiva, de cara al guión que el protagonista de la novela, el cineasta hispano-francés J. P. Berjac, está preparando) me sirvió para analizar el tema de la identidad de los orígenes perdidos, interpretando, finalmente, la figura de la madre indeseable, pero necesaria obsesivamente, como metáfora de España.

El conjunto de los libros de Michel del Castillo lo mismo me podía haber llevado a *un estudio político social del problema* (el problema de los literatos franco-españoles, que escriben en francés, y cuya situación algo tiene que ver con la Guerra Civil o con el franquismo: Semprún, del Castillo,

Gómez Arcos, Arrabal, María Casares...) que a un estudio de *los problemas ontológicos ligados a la identidad del yo*, que nacen y se modulan en torno al tema de la madre (o de la *matria*), continuando así el estudio ya iniciado sobre una sola novela:

Todo personaje arrastra consigo mucho más que sus apariencias y sus actos. Arrastra orígenes míticos, filiaciones y parentescos; una red de influencias, un clima e, incluso, una luz. La parte oscura de Fina era la opacidad de España, sus negaciones y perjurios, sus violencias y sus mentiras.

Ninguna de las dos direcciones me interesa ahora, pues en este momento de mi actividad intelectual no me interesa ligarme a un solo autor. Por otro lado, no me interesan las fronteras exteriores: soy un ser anfibio fundamental que ha asumido su identidad, ya casi sin conflictos, y que, nacido en Toledo, expulsado de esta ciudad contra mi voluntad, a los dos años e instalado en Madrid, de la que se expulsó voluntariamente a los doce años camino de Italia, luego de Francia, luego de Madagascar, para volver a España, tan voluntariamente como de ella se marchó, ahora vive instalado, voluntariamente, en una situación de anfibio profesional que le obliga a atravesar a diario fronteras reales, conceptuales e imaginarias, con la misma facilidad con la que pasa del salón de su casa al cuarto de estar o al cuarto de baño. Toco en español, miro en italiano, me emociono en arrebatos fríos, como se emocionan los toledanos, espero los atardeceres de azufre y esmeralda, con la misma ansiedad que los habitantes de los trópicos, y huelo y... pienso en francés, con la pretensión metodológica y conceptual de un hijo de Descartes. Siendo así, es lógico que no me interesen las fronteras interiores. Sólo me interesa lo que voy a llamar la frontera interior.

0.2. Del mismo modo que hay fronteras exteriores, en función de las cuales existen seres insulares, ensimismados en su propio caldo de cultivo, y seres marginales, seres a caballo sobre dos márgenes, seres que desean de continuo la tierra a la que no pueden ir y seres que añoran obsesivamente la tierra que han abandonado —que les ha abandonado, (*El Desierto de los Tártaros*, de Buzatti, *Las orillas de Sidra*, de Gracq)—, del mismo modo, existen fronteras interiores, ontológicas y existenciales; y las primeras sólo son, a veces, metáforas o estructuras simbólicas (sobre todo cuando nos situamos en la afabulación literaria) de las segundas; fronteras situadas en el corazón de la conciencia del yo: la sensación angustiosa y placentera, según

las circunstancias, de ser extranjero en el interior de su propia vida. Venimos de un allende que adivinamos borroso en la parte trasera de nuestra conciencia; aspiramos hacia un allende que se dibuja, como un imperativo, ante nuestra voluntad de horizonte; esperamos que alguien venga de ese allende para darle un sentido a la vida o negar lo que ya sabemos inexorable; o nos ensimismamos en la identidad inmanente, fatuamente placentera de una supuesta autenticidad, como fetos de nuestro propio útero, de nuestra propia charca.

La conciencia del hombre moderno occidental se forja a partir de una identidad fronteriza: una conciencia de extranjería ontológica permanente —*yo es otro, la verdadera vida está ausente* (Rimbaud), *la vida está en otro sitio* (Kundera)—; conciencia tan magníficamente narrada en la novela, desde el *René* de Chateaubriand¹, a *El Extranjero* de Camus²: expulsión, orfandad, añoranza, tensión que nos sitúa siempre entre la ida y la espera, siendo la noción de asentamiento —*establecerse, prendre état, the establishment...*— la expresión más perfecta de la experiencia negativa del ser-en-la-modernidad.

Desde su nacimiento, el hombre occidental, diferente en esto de la mayoría de los pueblos, se funda ontológicamente en la conciencia de exilio, en la voluntad ambigua de la frontera interior: y esa es la razón de la dinámica devoradora y autodevoradora de Occidente —su grandeza y su miseria y, quién sabe, si su autodestrucción como tal.

1. Se le puede buscar, sin lugar a dudas, una explicación psicoanalítica al problema (puesto que todos los problemas éticos y ontológicos encuentran hoy su coartada psicoanalítica o biológica; a mí, sin embargo, me interesa resaltar sus aspectos antropológicos, los que han suministrado, a mi entender, la sustancia simbólica más interesante de nuestra literatura, cuando no el subconsciente colectivo de lo que un día se llamó la Cristiandad y hoy, con mayor ambigüedad, va camino de llamarse Europa. Me refiero a *la arqueología mítica de la extranjería*, heredada de los mundos judeocristiano, grecorromano y, aunque en menor medida, anglogermánico.

Ahora bien, de cara al propósito que ahora me ocupa, voy a dejar de momento de lado a griegos, romanos y bárbaros, para centrarme en el conjunto judeocristiano, por considerarlo en este momento, si no más funda-

¹ Paradójicamente (en apariencia al menos), cuando nace en el hombre occidental la conciencia de pertenecer sólo a su siglo y sólo a su conciencia: inmanentismo histórico e inmanentismo ontológico.

² Con la sacralización existencialista de esa doble inmanencia.

cional, sí más complejo y fructífero a la hora de crearnos problemas y de ofrecernos hipotéticas soluciones.

En efecto, el mundo griego nos ofrece un continuo rosario de exilio y de extranjerías que quedan simbolizadas magníficamente en la errancia marina de Ulises, en la continua añoranza de la patria y de la casa del padre; pero Ulises, al final, vuelve a su patria, y en la mesa que el padre le ofrece puede comer y beber los mejores productos de su tierra.

Por su lado, Roma también tiene sus orígenes remotos en un exilio, pero no nace como pueblo y como estado de la errancia que este exilio provoca, sino de la búsqueda, el hallazgo, la parada y el asentamiento que la errancia propicia: la fundación de Roma por Eneas. Fundada, es decir anclada en el suelo, Roma desarrolla una conciencia de estabilidad ciudadana y doméstica a la que ya he aludido en mi análisis de la necesidad descriptiva que tiene la novela del siglo XIX —la novela que nace de la conciencia burguesa, asentada en un materialismo que, por primera vez en el Occidente moderno, considera que sólo existe una patria, aquí y ahora: la terrenal³.

Del mismo modo, los pueblos bárbaros, que llegan empujados por los movimientos migratorios (esenciales en la conformación de la conciencia de extranjería), —hordas masculinas itinerantes, guerreros y caballeros andantes...—, acaban asentándose en las distintas regiones europeas, dándoles, a veces, su nombre y convirtiéndose en la base (a veces conflictiva) de casi todos nuestros estados modernos...

Sólo los judíos⁴ (de manera física, aunque involuntaria) y los cristianos⁵ (de manera espiritual, y voluntaria) se establecen en la extranjería permanente.

Abraham se va de su casa, bajo el señuelo de una promesa formulada por Dios, siempre en futuro, y, en su elección, asume la errancia permanente (la del judío errante). Cuando, accidentalmente, se establece, siempre lo hace en la casa del otro, ya antes de su partida de Egipto y de su errancia por el destierro, creando así una doble dinámica de extranjería, la suya propia y la del pueblo que, a su vez, en múltiples ocasiones expulsa del territorio que ocupa.

El cristiano (no menos errante, «exiliado hijo de Eva»), eleva esta conciencia de extranjería al plano espiritual, *pues mi reino*, la casa del padre, la tierra de promisión, dice Jesús, *no es de este mundo*: está en un más allá de

³ Cf. : J. del P.: *El hombre y la creación de su morada*. U. de Sevilla, 2001.

⁴ Y la creación del nuevo estado de Israel es un nuevo error, tanto simbólico como histórico.

⁵ Y cada vez que se olvidan de que *su reino no es de este mundo* están negando a su fundador.

la tierra (espacio) y de la historia (tiempo); un más allá al que sólo se llega después de la vida, «este destierro», según reza *La Salve*, o después de la muerte «que nos da la vida»⁶... o, según dice un poeta tan poco cristiano como V. Hugo, pasando «de la esclavitud de la madre tierra a la salvación de la patria celestial»⁷ —y permónenle el machismo antropológico de la frase.

Partiendo de estas premisas que, sin lugar a duda, se pueden modular y enriquecer, me vais a permitir que esboce rápidamente lo que podrían ser los puntos clave de mi razonamiento:

- citaré primero algunas frases que asientan la conciencia de la extranjería en el mito y en la doctrina judeocristiana, tanto en el *Viejo Testamento* como en el *Nuevo*;
- veré luego las diferentes etapas de la evolución del problema, en una dinámica que nos lleva de la extranjería geográfica y política del pueblo de Israel, a la extranjería metafísica del cristiano; extranjería que se resuelve en un primer momento en extranjería espiritual (transcendente) y, luego, en extranjería existencial (inmanente), cuando la promesa de una nueva vida o de una nueva patria se seculariza de manera definitiva con el nacimiento del hombre de la modernidad; éste es el momento en que, a nuestro entender, podemos hablar de frontera interior;
- formularé, en tercer lugar, los principales elementos que definen esta extranjería ontológica-existencial con el fin de esbozar, finalmente,
- una morfología del extranjero en la literatura occidental.

2. Asentamiento mítico e histórico del problema

2.1. La itinerancia bíblica y la conciencia de extranjería que aquélla genera nace siempre de *una elección*, en negativo o en positivo: o Dios te expulsa de un lugar considerado bueno o te elige para que ocupes uno mejor: eres Adán o Caín (el padre de los errantes maldecidos, pero elegidos en la maldición —y de ello se acordarán sobre todo los poetas malditos del siglo XIX— *cainistas* se llamarán a sí mismos) o eres Abraham o Moisés:

⁶ Cf. Pablo, en especial, *Romanos VI y VIII*.

⁷ V. Hugo, «Prefacio de *Cromwell*».

— *Yahvé le dijo a Abraham: abandona tu país, tu padre y la casa de tu padre, y vete al país que te indicaré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré... Y Abraham se marchó como Dios había dicho...*

— *Y le llamó de en medio de las zarzas: “Moisés, Moisés”. Él respondió heme aquí (...) y Yahvé le dijo: He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he oído los clamores que le arrancan su opresión y conozco sus angustias (...) yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto.*

Y se los lleva y los impone, expulsando a unos pueblos y masacrando a otros (madianitas, moabitas, gabaonitas...), en una hipotética tierra prometida. *Génesis*, *Éxodo*, *Números* y *Josué* constituyen la crónica de un asentamiento basado en la ocupación de las tierras del otro y en su aniquilación...: lo que no impide que la sensación de estar siempre en tierra ajena genere esa conciencia de exilio que domina toda la Biblia: exilio externo, como el de Egipto y el que cristaliza en el mito de Babilonia —*junto al río extranjero*— o interior, como el que ya emerge del bellissimo texto del *Libro de Job* o de esa primera lírica occidental que son los *Salmos*.

Dejad a los muertos que entierren a los muertos, tú ven y sígueme.

En verdad en verdad te digo, al menos que nazca de arriba, nadie puede ver el reino de Dios. Nicomedes le dijo: ¿pero cómo puede nacer un hombre cuando ya es viejo? ¿Puede acaso entrar en el seno de su madre y nacer por segunda vez? Jesús contestó: En verdad en verdad te digo, al menos que nazca del agua y del espíritu no podrá entrar en el reino de Dios.

Lo que ha nacido de la carne es carne y lo que ha nacido del espíritu es espíritu.

Estas afirmaciones, y otras muchas, instalan la conciencia del cristiano en la esperanza de la otra vida —la vida ausente, *la vita nuova*, de San Pablo antes que de Dante, para el hombre nuevo: *el ser nacido del espíritu*; lo que supone que la vida carnal, incluso en el caso de que no se considere negativa, es una vida precaria, transitoria, es un exilio; pero no un exilio causado por una expulsión, lo que nos obligaría a mirar hacia atrás, como hacia un añorado paraíso perdido (paraíso terrenal), sino un exilio que nos obliga a ir hacia delante, en un proceso dinámico de salvación, hacia la verdadera vida: pasar de la vida de la carne, la natural (una familia, un padre, un nombre tribal) a una vida del espíritu (otra familia, otro padre, otro

nombre —el del santo patrón, como delegado de Dios); pero con un problema: ese reino de Dios, del nuevo Padre, se asienta en un espacio improbable (que no se puede probar), en la Fe.

Esta invitación al exilio espiritual es, nuevamente, fruto de una elección —«Muchos serán los llamados y pocos los elegidos»—; e insisto sobre este supuesto, pues creo que es determinante a la hora de establecer una morfología moderna, ontológico-existencial, de la extranjería: se trata siempre de un problema de elegidos —de un sentirse elegido—, en función de un determinado privilegio, de una gracia. Y toda elección (selección) genera, por movimiento contrario, una masa de no elegidos: el común de los mortales. Es preciso acordarnos de esta conciencia de elección cuando leamos a ciertos románticos, a los simbolistas, a Nietzsche, a Gide, a Giraudoux (*La elección de los elegidos*, reza el título de una de las novelas de este último). La conciencia del exilio espiritual, intelectual, artístico, frente a la vulgaridad del enlodarse en los quehaceres materiales, es siempre un asunto de aristocracia del espíritu⁸: frente a *las manos sucias*, la pureza de *la torre de marfil*.

2.2. La conciencia de exilio espiritual tiene, sin embargo, dentro del cristianismo una compensación final que es la ida, no la vuelta, a la casa del Padre, tras la muerte, por eso el ciclo cristiano no se construye en la dialéctica de la vida hacia la muerte, sino en la dialéctica del tránsito de la muerte hacia la vida: *mors et vitae*, muerte y transfiguración —según la casi totalidad de los textos de la Misa de Difuntos⁹. El cristiano que cree y espera, extranjero en el presente, nunca es extranjero en la esperanza del futuro. Es, simplemente, el ser que vive en un *aggiornamento* expectante; pero, si su fe es fuerte, gozoso.

El gran paso hacia la extranjería ontológica total se da históricamente cuando, *muerto Dios*, el hombre moderno, si no es capaz de instalarse, de *establecerse*, en el materialismo biológico, creando su morada definitiva en el aquí y en el ahora¹⁰, si no es capaz de asumir el naturalismo absoluto, sigue aferrado a la idea o al espejismo de otra vida, la buena, dado que ésta, la material (biología y economía) la juzga *mala* o *insuficiente*. Ésta fue la apuesta de un *simbolismo*, mistificador, frente al *naturalismo*, claramente

⁸ Nueva línea divisoria de la sociedad occidental que está sustituyendo paulatinamente a su análoga tradicional: el mundo de la mujer y el mundo del hombre.

⁹ La excepción es el menos cristiano de todos. El *Dies Irae*.

¹⁰ Reitero nuevamente la importancia de la descripción en la novela del realismo materialista del siglo XIX.

ateo; (un simbolismo no menos ateo en la mayoría de los casos, pero añorante de una transcendencia).

Se trata, como vemos, de una actitud que hereda la herida metafísica de la ‘verdadera patria’ prometida, convirtiéndola en la herida ontológica y existencial de una insuficiencia, de una ausencia: esté donde esté, el hombre occidental siempre estará fuera de donde sueña estar, ya que le ha tocado en herencia imaginaria un territorio que no existe, pero que hay que inventar... soñando, al menos, que podemos inventarlo gracias, en el lenguaje, al poder de la metáfora: «la poesía como último rastro del Dios ido»¹¹, según la expresión de François Ricard en el estudio que acompaña la edición de la *Vida está en otro lugar* de Kundera¹².

“Seguidme”, dice Jesús a sus discípulos y, sin protestar, ellos abandonan sus redes, sus barcas, sus hogares, sus familias y le siguen. “El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás no es digno ni adecuado para el reino de los cielos”, continúa.

Si oímos la llamada de Cristo tenemos que seguirla sin condiciones. Archiconocidas son estas palabras del evangelio, el problema es que, en nuestra época moderna, sólo pueden tener un significado mítico. Una llamada, pasos que hay que seguir, ¿con qué puede rimar todo esto en la prosa de nuestras existencias? ¿Dónde será preciso ir, y siguiendo a quién, dejando abandonadas nuestras redes?

Y sin embargo la voz suena en nuestro universo, en cuanto tenemos la oreja un poco aguda. (Kundera, en su novela La broma).

Un significado mítico. En ausencia de Dios, nos queda el mito, la función simbólica, pero ¿cuál es su referente? ¿Existe en verdad un referente, o se trata sólo de una herida conformada desde dentro, por la forma del símbolo, como esas estructuras xiliformes, en las que el molde del árbol, por la sustancia de la piedra, es sólo testigo de una ausencia?

3. Naturaleza de la extranjería ontológica

La muerte de Dios¹³ ha dejado deshabitado todo un territorio de la antropología occidental y, en la conciencia del individuo, un espacio vacante

¹¹ La poesía o la política utópica, o la poesía juntamente con la política utópica, desde Rimbaud a los surrealistas: cambiar la vida.

¹² Gallimard, 1973, París.

¹³ Que conlleva la muerte de los hijos de Dios —los hijos del espíritu.

en el que, con anterioridad, encontraban acogida y solución todas las aporías del individuo, limitado en el tiempo y en el espacio, respecto de la pervivencia en el tiempo y de la extensión en el espacio del hombre como especie: un territorio imaginario que el hombre occidental añorará (si es que no lo sigue añorando aún) pero al que ya no puede ir porque, tanto él como su habitante, se han quedado en simple instancia y tensión de verdad, de bondad y de belleza —se han quedado en metáfora.

Y a lo largo de los siglos XIX y XX, el problema se agrava: junto a la muerte de la patria espiritual (sin que desaparezca la pulsión —y ese es el misterio— que hacia ella nos llevaba), se han ido muriendo (o pudriendo) poco a poco las patrias reales (salvo para unos privilegiados o unos subnormales), primero con la muerte de las estructuras tribales y, luego, con el cuestionamiento de la sociedad civil, cada vez más devorada por la sociedad económica y por el estado tirano, en los que el individuo que siente la pulsión de la llamada espiritual difícilmente puede encontrar una patria. Muerte de la patria espiritual, *insuficiencia de las patrias* materiales (la palabra es de Mallarmé, en su texto sobre Wagner): la vida vivida como una extranjería —absurda, pero real— por aquéllos que aún se sienten subyugados por el espejismo de la *verdadera vida ausente*. Absurda, porque no tiene fundamento, pero real, desde su condición de imperativo categórico, para aquél que la asume como conjuro de una carencia.

Múltiple es la morfología¹⁴ que cobra en el pensamiento estético moderno esta realidad virtual a la que, desde nuestra herencia mítica, llamamos la *otra vida*, la *verdadera patria*: el profuso tejido de la metáfora simbolista, en pos de una trascendencia inmanente, las teorías espiritualistas del arte como agente de salvación de la materia y del hombre, los viajes a las fuentes (viajes a Grecia, Jerusalén, la India, viajes a Alemania —*la madre de todos nosotros*, según la expresión de G. De Nerval), los retornos a la infancia, los *regresus ad uterum*, los diferentes tipos de literatura fantástica, de ciencia-ficción, de *mancias* y parasicologías. Pero no es el momento de estudiarlas, sólo de consignar su existencia y su vigor en los tiempos modernos.

La muerte de las dos patrias —la material y la espiritual— sumen al hombre occidental en una extranjería ontológica (antes incluso de que la organización y descomposición de los estados modernos eleven a la categoría de símbolos aquellos pueblos, primero —con el romanticismo— y

¹⁴ No inserto en esta lista las experiencias poéticas o artísticas que nacen fundamentadas por la creencia sincera en Dios o en otra vida, la poesía mística en especial.

aquellos individuos, después, que tienen que asumir la extranjería desde presupuestos simplemente reales —geográficos y políticos), creando en el mundo de la literatura una casta de seres superiores, los elegidos, capaces de dar la espalda a la realidad material y de vivir una vida, aparentemente, al margen de la otra vida: la biológica, la económica, la doméstica —la vulgar.

La existencia de una patria asienta la conciencia del ser en una trascendencia que lo fundamenta como origen (la material) y lo justifica como destino (la espiritual). La ausencia de patrias sitúa al ser en la inmanencia, flotante: la contingencia del ser asentado en su sola conciencia —la tela de araña flotante de Sartre. *Pienso luego existo*, Descartes, *llegado a ese momento uno se basta a sí mismo como Dios*, Rousseau, *los Dioses no tienen más materia que la que yo he tenido*, Hegel, Juan Ramón.) Una inmanencia que puede ser vivida en positivo y gozosamente frente a la esclavitud del tabú, de la norma o de los mandamientos —(conciencia de libertad, de identidad autosuficiente, proyecto existencial desde la autenticidad...)— o puede ser vivida en negativo (conciencia de la precariedad y contingencia individual, soledad frente al destino o los determinismos). Los diarios íntimos del siglo XVIII nos llevan ya en una u en otra dirección, según las circunstancias y el carácter del que se escribe —y cree que, al escribirse, se va creando¹⁵.

4. Morfología de la extranjería ontológica en la literatura

Como era de esperar la morfología del extranjero ontológico toma prestados todos sus rasgos al extranjero real, acumulando elementos y creando un espesor simbólico que permite múltiples lecturas.

4.1. *El primer rasgo a tener en cuenta es el de la exclusión espacio-temporal*. Exclusión que es expulsión e imposibilidad de volver al espacio del que uno ha sido expulsado, ya sea porque este espacio se ha muerto o porque ha sido usurpado:

a) *Expulsión del espacio de la madre y muerte de la madre, real o ficticia:*

¹⁵ *La Obra*, como el espacio de la otra vida, la auténtica. Cf. *Autobiografía y modernidad literaria* (J. Bravo, D. Picazo, J. del Prado), U. de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1993.

Le costé la vida a mi madre y mi nacimiento fue la primera de mis desgracias. (Las confesiones, Rousseau.)

Mi llegada al mundo fue la causa de la muerte de mi madre; fueron necesarios los fórceps para sacarme de su vientre. (René, Chateaubriand).

En la novela de Kundera, *La vida está en otra parte*, Jaromil, que sueña con la patria posible, aunque irrisoria, de la poesía, encontrará, curiosamente en su madre, el sostén, el fermento e, incluso, la razón misma de aquélla.

Pero Adolphe, el héroe de la novela de B. Constant, el extranjero ontológico más puro de la historia de la narrativa occidental, ni menciona a su madre, ya muerta cuando narra su vida.

b) *Expulsión del espacio del padre y muerte del padre:*

Tenía otro hermano al que mi padre bendijo como primogénito; yo, en cambio, fui entregado a manos extrañas desde mi niñez y educado lejos del tejado paterno.

Mi hermano mayor había vendido la herencia paterna y el nuevo propietario no vivía allí. Llegué al castillo por la larga avenida de los abetos (...). Un guarda desconocido abrió bruscamente la puerta. Como dudaba en atravesar el umbral, el hombre exclamó: «¿Pero cómo? ¿Va usted a hacer lo mismo que la joven extranjera que estuvo aquí hace unos días (la hermana)... Todas las habitaciones estaban desocupadas (...). Abandoné precipitadamente aquellos lugares y me alejé apresuradamente sin atreverme a volver la vista... La familia de los hombres sólo dura un día... El roble (la antigua Francia) puede ver cómo van germinando sus frutos a su alrededor: no sucede así con los hijos de los hombres... (René.)

c) *Expulsión del espacio geográfico y destrucción de éste, que puede dejar de ser, incluso, paraíso perdido:*

Así, después de muchos años, estaba de nuevo en mi ciudad. De pie, en medio de la gran plaza (que niño y luego golfillo había recorrido mil veces); no sentí ninguna emoción; por lo contrario, pensé que esta explanada, cuya torre (semejante a un guerrero con casco antiguo) domina los tejados, me recordaba el vasto llano de ejercicios militares, y que el pasado militar de esta ciudad de Moravia del sur, antaño muralla contra las invasiones de los magiarios y de los turcos, había impreso sobre su superficie las huellas de una fealdad sin reparos.

Durante años nada me ha atraído hacia el lugar de mi nacimiento; me decía a mí mismo que me había hecho indiferente, y ello me parecía natural: desde hace quince años, vivo en otros lugares, aquí sólo me quedan algunos conocidos, algunos amiguetes (que intento no ver, incluso), mi madre está enterrada en una tumba extranjera de la que no me ocupo. Pero trato de engañarme a mí mismo, lo que llamo indiferencia es, de hecho, odio. (La broma, Kundera).

d) *Expulsión del siglo al que uno pertenece o debiera pertenecer;* pues o, como Voltaire, se nace «demasiado tarde en un mundo muy viejo» o, como Chateaubriand, nos situamos fuera del curso de la historia —«El gran mal procede de que no somos de nuestro siglo. Cada época es un río que nos arrastra, destino abajo, en cuanto nos descuidamos. Pero me da la impresión de que en este momento nos encontramos todos fuera de su curso»— o rememorando edades de oro perdidas —antigüedades o Edades Medias— o inventado futuro y pasado, como en la hermosísima imagen de Proust, de paseo, deseoso de llegar al pintoresco pueblo que se ve en la lejanía, en lo alto de la colina, y que, llegando a él y atravesándolo sin darse cuenta de que las calles que pisa son *su* realidad, *su* presente, de pronto, desde lo alto de una nueva subida, mirando hacia atrás, vuelve a ver el pueblo que ha atravesado sin percatarse de ello, allá, en un pasado lejano, bellísimo otra vez, pero imaginario de nuevo.

4.2. *El segundo rasgo es el de la errancia.* Errancia que es, al mismo tiempo, la experiencia directa del carácter fronterizo del extranjero; *no men's land* que transita comarcas sin detenerse, siempre a lomos de la aventura —lo que debe *advenir*, lo que está por llegar: judío errante que se lleva a empujones el carro de su elección, pícaro con su hambre a cuestas, gitano en su roulotte, nómada sobre su camello o su burro, cowboy sobre su caballo, emigrante con su hatillo al hombro, pirata sobre su bajel, exiliado político con su canción o su poema bajo la papada; todos los símbolos de la errancia interior: los cabellos al viento de René, las serranías y desiertos de Oberman, la subida al Vesubio de Corinne, Adolphe de ciudad en ciudad... la mirada perdida de Henri Fonda, por los horizontes cerrados de la magia en blanco y negro de las *Uvas de la ira*. La errancia impide el asentamiento y genera la soledad: los héroes irrisorios de Pavese, perdidos por los laberintos domésticos que van abriendo y creando las colinas del Piemonte.

Hace ya muchos años, recorría Italia. Fui detenido por un desbordamiento del Netto en una Fonda de Carezza, aldea de Calabria.

Había en esta fonda un extranjero obligado a permanecer allí por la misma razón. Estaba muy silencioso y parecía triste. Pero no daba muestras de ninguna impaciencia. Me quejaba ante él, como ante la única persona capaz de entender mi queja a propósito del retraso que sufría nuestro viaje al permanecer en ese lugar: «Me da lo mismo, respondió, estar aquí o en cualquier otra parte». Nuestro huésped, que había hablado con un criado que había servido a este extranjero, sin saber su nombre, me dijo que no viajaba por curiosidad, pues no visitaba ni las ruinas, ni los lugares pintorescos, ni los monumentos, ni los hombres. (Adolphe, B. Constant).

Al llegar a la tribu de los Natchez, René se vio obligado a tomar esposa para adaptarse a las costumbres de los indígenas, pero apenas vivió con ella. Una melancólica inclinación lo arrastraba hasta el fondo de los bosques, y allí pasaba, en solitario, días enteros como si fuera un salvaje entre los salvajes. (René).

4.3. *El tercer rasgo es la incomunicación: la mirada que sospecha, el silencio, la ambigüedad, la mentira.* Los terribles silencios del padre de Chateaubriand junto a su hijo¹⁶.

La ironía destructora de la palabra del padre de Adolphe:

Tenía un modo de ser, un no sé qué irónico que le iba mal a mi carácter... Encontraba en mi padre un observador frío y cáustico... No recuerdo haber tenido durante mis primeros 18 años una conversación que haya durado una hora con él... Tomé la costumbre de no hablar jamás de lo que me preocupaba, y me sometía a la conversación como a una imposición inoportuna que me veía obligado a animar con bromas permanentes, lo que me la hacía menos fatigosa y, de paso, me permitía esconder mis verdaderos pensamientos. (Adolphe).

La escucha destructora de Peter Hanke:

Una vez estábamos sentados en una mesa y hablábamos. Al principio yo todavía participaba, pero, luego, de pronto, la relación entre los demás y yo se acabó; el grupo estaba allí y yo aquí. Yo sólo les oía hablar, sin verlos, todo lo más, por el rabillo del ojo—estaban algunos del grupo y cambiaban de sitio. En cambio, cuanto menos veía más se agudizaba mi oído: tanto la palabra como la entonación de cada una de las frases las hubiera podido repetir inmediatamente con una claridad que hubiera asustado a quien me hubiera oído, de un modo más

¹⁶ *Memorias de ultratumba*, Primera Parte, Capítulo 3.

natural que a la mejor grabadora... A partir de ese momento me propuse que esas reuniones no iban a ser nunca las mías (...).

Y de este modo, en aquella época mi patria pasaron a ser los viajes; las esperas en paradas y estaciones, en una palabra, el estar en el camino... (La repetición).

La dificultad que encuentran los personajes de *Una mujer en sí*, para construir la imagen de Fina, la madre, la metáfora de España, no sólo nace de la realidad fragmentaria de aquélla, dada su permanente itinerancia, sino de que Fina miente de manera permanente: su palabra es la negación de la comunicación – como, según palabras del propio autor, la madre real de Michel del Castillo, instalada en la mentira, en la falsedad, en el disimulo, y que no dudará en querer robarle sus obras al hijo, afirmando que su producción literaria no es de él, sino suya¹⁷.

El problema real de René nace del bloqueo psicoanalítico de la palabra: la imposibilidad de decir y de decirse. Si falta la palabra de la madre y del padre —la palabra matriz y modelo—, el individuo se queda sin capacidad referencial frente al mundo y frente a la historia: sólo le queda callar —poéticas del silencio— o inventarse a tientas un lenguaje propio, lejos de los espacios matriciales y patricios de la palabra. Pero, por otro lado, la palabra común participa de la insuficiencia de las patrias; lo mejor que se puede hacer es silenciarla o destruirla... o, de nuevo, inventarse una palabra nueva con los jirones de la vieja: jerga prehistórica o al margen de la historia (el autoexilio lingüístico en el interior de la propia lengua) o asumir como propia una lengua extranjera en la que uno no sienta las ligaduras de la matriz: Huidobro, Marinetti, Beckett, Ionesco, Adamov, Arrabal..., reinventando el francés¹⁸, y rompiendo, de paso, el cordón umbilical que les unía a la lengua madre... Y no olvidemos, algo que se olvida con mucha facilidad: el triunfo de lo arbitrario absoluto del signo, llegado a la lingüística moderna de manos de estudiosos crecidos en las márgenes de las dos fronteras, la exterior y la interior —Saussure, Jakobson, Trubezkoi, Chomsky—; triunfo que le ofrece a la frontera interior un terreno muy bien abonado, para que pueda florecer en él la flor ambigua de la extranjería lingüística, en la que vive instalada gran parte de la poesía moderna.

¹⁷ Entrevista a M. del Castillo (*El País*, 4-02-2001).

¹⁸ Y ya a finales del siglo XIX, su ritmo esencial (con el nacimiento del verso libre, en manos de los simbolistas franceses extranjeros: Gustave Kahn, René Ghil, Viellé-Griffin, Marie Kryszynska, etc.); es decir un verso liberado de una métrica nacida al amparo de una prosodia ancestral de la lengua madre.

4.4. *El cuarto rasgo es la esterilidad (en el amor y en la acción), al menos de cara a la colectividad tribal y social: el extranjero corre siempre el riesgo de ser un inútil.* La acción rentable y rentabilizada es la justificación histórica y social de la pertenencia del individuo a una clase, a una tribu: guerras, producción, comercio... la trinidad que asienta la riqueza, la conservación y la ampliación de la especie. Es el primer mandamiento de Dios —trabajar y multiplicarse—; es el primer mandamiento del catálogo de la sociedad civil burguesa; el primer mandamiento de la sociedad liberal capitalista, nacida a la sombra de la ética protestante.

El extranjero de la frontera interior suele ser un ser inactivo, a pesar de su agitación, y sin compromiso con su actividad que, si la cumple, la cumple como castigo o como algo indigno: viaja, pasea (*paseante solitario siempre ocioso*), se agita, deja pasar el tiempo y, como Yves, en el *Misterio Frontenac* de Mauriac, contempla poética y místicamente cómo pasan las nubes, mientras su hermano Jean-Louis, el que iba para filósofo y se ha visto obligado a quedarse en negociante en madera y vinos, saca las castañas del fuego a todos los de la familia —en especial a Yves— el elegido, el que se marcha, el poeta. Sólo una cosa es necesaria, la contemplación, le decía Cristo a Marta quejosa, cuando Magdalena se pasaba las horas muertas mirándolo, mirándose.

Contrariamente,

Sólo en la agitación de una vida activa hallarás la paz,

le dice Milord Edouard a Saint-Preux, en la *Nouvelle Héloïse* de Rousseau.

Hermano mío, sal de tu soledad, que no es buena. Busca una ocupación. Sé que te burlas a menudo de esta necesidad francesa de contraer matrimonio. No desprecies la sabiduría y la experiencia de nuestros antepasados,

le dice Amélie a René. Y el padre Souël al mismo:

Joven presuntuoso, crees que el hombre puede bastarse a sí mismo. La soledad es mala para aquél que no la emplea en estar con Dios, pues duplica las fuerzas del alma y, al mismo tiempo, le roba todo objeto con que ejercitarse. Todo aquél que ha recibido fuerzas, debe consagrarlas al servicio de sus semejantes.

La producción sexual proyecta la raza, la etnia, la familia de la carne, hacia adelante, la asienta en espacio y en el tiempo, en la geografía y en la

historia; aunque la asiente desde su condena cíclica en la muerte del individuo, ese ciclo instaura una permanencia de la especie, de la raza y de la tribu. El extranjero de la frontera interior, obsesionado y confiado en la otra vida, aunque no crea en ella, o justamente porque no cree en ella, ya no necesita perpetuar la especie de la carne, sino darle hijos al territorio imaginario del más allá de la frontera interior, darle fantasmas —en los sueños o en la escritura—. A la ilusión de la procreación fecundante e invasora de un pueblo numeroso como las arenas del mar y las estrellas del cielo, según le dice Yahvé a Abraham, le sucede el asco por la procreación, con el pretexto de no echar más desheredados, más hijos de la carne —carne de cañón—, sobre la faz de la tierra: el asco de Baudelaire por la procreación y las mujeres-madres, la esterilidad simbólica de la pureza de Mallarmé (*Herodías*), frente a la profusión fecundante, sucia, pringosa, sudorosa, animal y frutal, del naturalismo de Zola.

Frente a la febrilidad proletaria de las razas materiales, en su afán por perpetuarse como colectividad, la insularidad del hombre moderno: la soledad del solitario, es decir, *la soltería*, real o simbólica, como destino: la estirpe de los Des Esseintes de *A contrapelo*, de Huysmans, los Roquentin de *La Nausea* y los Mersaut de *El extranjero* —y tantos otros, herederos del primero.

A la colectividad funcional de la tribu (material o espiritual, restringida por la carne o global en el espíritu), en la que *todo* individuo y *todo el* individuo era para la tribu o la comunidad¹⁹, el hombre occidental, muerta la conciencia de hijo de la tribu (comunidad de los bienes materiales) y la conciencia de hijo de Dios (comunidad de los santos o de los bienes espirituales), no ha sabido darle a su actividad el sentido generoso que exige toda comunidad; salvo la aportación precaria de la *caritas* laica que representan las ONGs.

Oberman abandona su familia el día después de casarse, para dejar a su mujer unos días después, antes de acabar perdido por los musgales y los arenales de la esterilidad (metonimia, primero, y, luego, metáfora del propio yo: «Había dejado para ellos (los campesinos) las mejores tierras y me reservé para mí los prados infestados de musgo y los lugares umbríos donde nada podía crecer» (*Oberman*, Senancour).

Todos los personajes de Chateaubriand se instalan en los amores blancos o en amores que entregan el hijo a la muerte: amor de René por su her-

¹⁹ Ser *generoso* no significa sino ser partícipe del género (*genus* - linaje, familia) al que uno pertenece.

mana, religiosa, y por Celuta, a la que abandona con su hija, que será degollada; amor imposible de la druidesa Vellada por el general romano; amor del último abencerraje por Blanca, heredera del Cid...

Adolphe que ha amado (a una cortesana), en ruptura con los modelos impuestos por la paternidad, tiene que abandonar el sueño imposible de la familia y, en su paseo desesperado por el parque extranjero,

volvía a ver el antiguo castillo que había habitado con mi padre, el bosque que lo rodeaba, el río que lo bañaba, las montañas que bordeaban el horizonte... Y mi imaginación colocaba junto a todo esto a una persona inocente y joven que lo embellecía y lo animaba con su presencia. Erraba sumido en este ensueño... (la vida ausente) absorbido siempre por reflexiones personales, con la vista clavada en mi situación: me había convertido en extranjero a toda idea general.

Octave, de Stendhal, después de múltiples y largas deliberaciones consigo mismo, se casa, se embarca solo, al día siguiente de la boda, y, ya en medio del mar, se suicida.

El amor propio como esterilidad: la incapacidad para pasar del complejo de Narciso al amor. Da la impresión de que la vida ausente no es, a veces, para el hombre moderno, sino la imagen del yo reflejada en el cristal de la fuente; es siempre otra, pero no está en el otro: imagen separada de la mirada y de la conciencia por la idealidad que le confieren su condición de imagen, su naturaleza especular (el otro lado del espejo que sólo esconde los miedos del que mira) y por la profundidad temblona que le ofrece la superficie engañosa del agua. El amor propio, como esterilidad, o el odio propio... que no es sino la reflexión perversa de una misma añoranza —y nos enamoramos de nuestro yo o lo queremos matar.

Sólo si vemos, asumiéndolos, (en la imagen del yo envejecido, reflejada en el agua) el recuerdo del padre y el deseo del hijo, podremos salvar ese yo, nacido del otro y para el otro —como el Narciso-Julián del cuento de Flaubert; tras el doble parricidio involuntario que lo había instalado en la errancia y abocado al suicidio.

Un día que se encontraba junto a una fuente, al inclinarse para ver la profundidad del agua, vio frente a él a un viejo demacrado, con barba blanca y de aspecto lastimero, y no pudo contener su llanto. El otro también lloraba. Sin reconocer su propia imagen, Julián recordó confusamente una cara que se parecía a ésta. Dio un grito; era su padre, y ya no pensó en matarse (...) y se le ocurrió la idea de emplear su existencia al servicio de los demás. (San Julián el Hospitalario).

El amor propio y el odio propio (los placeres secretos y estériles²⁰ de los que habla P. Barberis, en su estudio sobre Chateaubriand) son el impedimento básico para la propagación de la especie: el impedimento básico para el cumplimiento de la naturaleza que es arrebató y complacencia genésica compartida y profusión vital²¹.

René, Oberman, Adolphe, Roquentin, Mersaut y todos sus herederos en la novela moderna son siempre los últimos de su estirpe. Para el extranjero de la frontera interior, sin fe en la especie, sin fe en sí mismo, sin voluntad de acción, el mundo se acaba en cada una de sus miradas o de sus frases: crepúsculos, conciencias finiseculares y cataclismos cósmicos convocados por la hechicería del verbo:

Las mujeres cogieron en sus brazos a la hija de René, abandonada a la orilla del río. La llevaron ante el más anciano sachén que la confió a los cuidados de una matrona afamada. Esta matrona colgó del cuello de la niña el Manitou de oro, como un adorno. Al ignorar los indios el nombre francés de Amélie, el sachén le impuso otro a la huérfana, que así vio como se moría hasta su nombre (...). Cuando la hija de René y de Céluta llegó a sus dieciséis años, se le contó la historia de su familia. Se puso triste para el resto de su vida que fue corta. Vivió así una vida más desgraciada que ella, en un matrimonio sin amor. Los indios con los cuales los Natchez se habían retirado murieron todos en una guerra contra los iroqueses, y los últimos hijos de la nación del sol tuvieron que refugiarse en un segundo exilio en medio de las forestas del Niágara... (Los Natchez, Chateaubriand).

EL HIJO NO NACIDO (dice):

Y no queremos ser testigos del último crimen cometido. No nos dejéis nacer jamás, delataríamos vuestra infamia de padres muertos por la patria. No necesitamos la gloria. ¡Dolor y goce terrenal! Aman-do, mi padre, el muy marrano, me dará en herencia la gonorrea. No nos convoquéis a estos imperios porque somos los hijos de un muerto. Aquí los aires son malsanos. (Karl Kraus, Los últimos días de la humanidad).

En su elección, el extranjero de la frontera interior es un ser que vive y que escribe para la muerte, desde la conciencia de muerte: la negación de la vida —de la biología y de la vida espiritual—; es, así, la metáfora perfecta

²⁰ Y los hay físicos, pero también los hay mentales.

²¹ Material o espiritual.

del hombre existencialista heidegardiano, con sus adherencias míticas cristianas (los espejismos del paso de Dios por la tierra que persigue el poeta en tiempos de carencia), frente a la imposibilidad de asumir el *hic et nunc* del materialismo pagano, es decir, relativo al *pagus*, a la tierra; proyectado hacia delante, sin esencia que lo estabilice, simboliza el devenir del existir individual, siempre fugaz, siempre en precario, ligado a una deriva de horizontes.

Si me he detenido en los espacios negativos de la extranjería interior, en el espejismo de la frontera que indica la posibilidad *de la vita nova*, por buscar, por crear, pero siempre ausente, es porque creo que es la matriz de lo más hermoso, literariamente hablando, de la novela moderna, aunque puede que sea lo más desolador de la ontología y de la ética en las que vivimos.

Frente a esta experiencia del elegido espiritual, frente a su fuga de la realización material, cotidiana y doméstica, que le confiere su grandeza y su miseria al hombre, podíamos haber contemplado los hallazgos, las invenciones de la ciencia y de la técnica modernas que también obedecen a la existencia de la misma frontera interior: esa voluntad de pasar, siempre, del otro lado; voluntad que puede ser considerada como la esencia misma de la especie humana, frente al establecimiento en el instinto (la repetición, la comodidad, la ausencia de riesgo y de compromiso) de las demás especies. Realizaciones que, curiosamente, desembocan en la sociedad del bien-estar; un *bien estar* siempre ampliado por la vocación de horizonte.

Y ha sido así, porque, habiendo asumido (como decía al principio de mis reflexiones) casi todas las fronteras exteriores que se me han presentado, no he acabado de asumir la frontera interior (imaginaria o real, ¡ya me gustaría saberlo!), que nace de la muerte de la trascendencia, en cuyo interior me he criado; y... a mis sesenta años bien cumplidos, tengo la impresión, a cada instante, de que debo, de que voy a iniciar una nueva vida, la auténtica, la que se sitúa allende mi mirada cuando cierro los ojos; porque *me da* que la que he vivido hasta ahora, múltiple y fragmentaria, no ha sido mi vida, ha sido la de otros, a los que se la he tomado prestada, mientras que los demás se tomaban prestada la mía, a veces, para sobarla con caricias o halagos y, otras, para lacerarla con sospechas: una superchería de amor y desasosiego, de acciones y de inacciones, de silencios y de palabras... palabras... palabras... Lo malo, o lo bueno, es que esta sensación se ha repetido cada cinco, siete, diez años, situándome, años tras año, frente a una frontera que sólo era un horizonte como de decorado teatral... Y de la línea dibujada en un azul amarillento, «el azul fosforescente del mar de los tró-

picos»²², surgía, inesperada, inopinadamente, un nuevo payaso arlequinado que seguía los pasos de sombra de una divinidad huidiza.

¡Con lo simple que sería asumir que el otro, en amor, es la verdadera vida ausente! Pero nos han tendido todas las trampas para que no sea así.

²² J. M. Heredia —el que escribe en francés.